

Puesto que lo más noble que podemos amar, después de Dios, es al mismo hombre, la felicidad está estrechamente relacionada con la amistad con Dios y con los demás

alegriadelpapa.net

«La fuerza con la que la verdad se impone tiene que ser la alegría, que es su expresión más clara. La unidad no se consigue mediante la polémica ni tampoco mediante teorías académicas, sino con la irradiación de la alegría pascual (...) y en ella los cristianos deberían darse a conocer al mundo». (Ratzinger, La Fiesta de la Fe, Ed. Desclee de Brouwer, 1999)

Sumario

La fuente de la alegría es el gozo de Dios ? Dios tiene sentido del humor ? Jesús vino a la tierra para traernos una gran alegría ? Alegría y comunión ? Alegría, libertad y ley moral ? Gracia, pecado y "sacramento de la alegría" ? Testigos de la alegría ? Alegría y realismo ? Soledad y tristeza ? Esperanza y alegría

La fuente de la alegría es el gozo de Dios

¿Cómo podemos definir la alegría? En una primera aproximación podemos decir que la alegría o gozo es el descanso en la posesión del bien amado, y esta alegría es tanto mayor cuanto más grande es el bien amado y más clara la conciencia de su posesión. Y puesto que lo más noble que podemos amar, después de Dios, es al mismo hombre, la felicidad está estrechamente relacionada con la amistad con Dios y con los demás. Por eso, por el mismo motivo que Dios hizo al hombre para la felicidad, lo creó para el amor.

Esta felicidad, que deriva del amor, se da originariamente en Dios, porque Él mismo es amor entre las tres divinas personas. «En realidad ?escribe Benedicto XVI? todas las alegrías auténticas, ya sean las pequeñas del día a día o las grandes de la vida, tienen su origen en Dios, aunque no lo parezca a primera vista, porque Dios es comunión de amor eterno, es alegría infinita que no se encierra en sí misma, sino que se difunde en aquellos que Él ama y que le aman. Dios nos ha creado a su imagen por amor y para derramar sobre nosotros su amor, para colmarnos de su presencia y su gracia. (...) Jesús quiere introducir a sus discípulos y a cada uno de nosotros en la alegría plena, la que Él comparte con el Padre, para que el amor con que el Padre le ama esté en nosotros (cf. *Jn* 17,26). La alegría cristiana es abrirse a este amor de Dios y pertenecer a Él» ([Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud, 2012](#))

Hasta tal punto es capital la alegría en el mensaje cristiano, que cuando Jesús hace referencia al momento de la salvación de cada uno utiliza la expresión "entra en el gozo de tu Señor" (*Mt* 25,23). No es un simple dar alegría o poner algo en el hombre, sino sumergir al hombre en la alegría de Dios: ese es nuestro destino. «Dios creó al hombre para ampliar de ese modo, valga la expresión, el radio de su amor». ([Dios y el mundo](#), p. 94). La esencia misma de la bienaventuranza es la comunión de los santos con su Creador. Desde esta perspectiva se comprende una afirmación de Ratzinger que podría parecer radical para la mentalidad individualista contemporánea: «La meta del cristiano no es la bienaventuranza privada, sino la totalidad» ([Introducción al cristianismo](#), p. 296).

Dios tiene sentido del humor

Esta alegría ya operativa, por la amistad actual y por la esperanza de una intimidad mucho más intensa y eterna, debe potencia también nuestro sentido del humor. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que los cristianos sabemos, o hemos de saber, que todo lo que nos preocupa, hasta las cosas más serias, como las relativas a la salud, al trabajo, a la familia... están completamente en manos de Dios, y sus designios son designios de amor. Nos lo explica el propio Ratzinger respondiendo a la sorprendente pregunta de si Dios tiene sentido del humor: «Personalmente creo que tiene un gran sentido del humor. A veces le da a uno un empujón y le dice: "¡No te des tanta importancia!". En realidad, el humor es un componente de la alegría de la creación. En muchas cuestiones

de nuestra vida se nota que Dios también nos quiere impulsar a ser un poco más ligeros; a percibir la alegría; a descender de nuestro pedestal y a no olvidar el gusto por lo divertido» (Ratzinger, [Dios y el mundo](#), p.12)

Jesús vino a la tierra para traernos una gran alegría

Con frecuencia, hasta en su reciente libro sobre la infancia de Jesús, Benedicto XVI nos recuerda que la noticia más importante de la historia, la encarnación del hijo de Dios, de donde arranca el cristianismo, viene siempre acompañado de una expresa llamada a la alegría: «En el saludo del ángel llama la atención el que no dirija a María el acostumbrado saludo judío, *shalom* ¿la paz esté contigo?, sino que use la fórmula griega *chaíre* (...) ¡Alégrate! (cf. *Lc* 1, 28). Con este saludo el ángel ¿podríamos decir? comienza en sentido propio el Nuevo Testamento. La misma palabra reaparece en la Noche Santa en labios del ángel, que dijo a los pastores: “Os anuncio una gran alegría” (cf. *Lc* 2,10). Vuelve a aparecer en Juan con ocasión del encuentro con el Resucitado: “Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor” (*Jn* 20,20). En los discursos de despedida en Juan hay una teología de la alegría que ilumina, por decirlo así, la hondura de esta palabra: “Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría”» ([La infancia de Jesús](#), p. 33). Igualmente expresaba esta misma idea veinticinco años antes: «En el Evangelio, la historia de Jesucristo empieza con las palabras que el ángel dirigió a María, en forma de saludo, “¡Alégrate!”. Y en la noche de su nacimiento, los ángeles también repetían: “os anunciamos una gran alegría”. El propio Jesucristo manifiesta que viene a traernos una buena nueva, es decir, que el meollo nuclear del mensaje es siempre este: “vengo a anunciaros una gran alegría, Dios está aquí, os ama y así será para siempre”» ([La sal de la tierra](#), p.21). Y en el mensaje para la JMJ de Brasil vuelve sobre la misma idea con otras palabras: «En el Evangelio vemos cómo los hechos que marcan el inicio de la vida de Jesús se caracterizan por la alegría. Cuando el arcángel Gabriel anuncia a la Virgen María que será madre del Salvador, comienza con esta palabra: “¡Alégrate!” (*Lc* 1,28). En el nacimiento de Jesús, el Ángel del Señor dice a los pastores: “Os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor” (*Lc* 2,11). Y los Magos que buscaban al niño, “al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría» (*Mt* 2,10). El motivo de esta alegría es, por lo tanto, la cercanía de Dios, que se ha hecho uno de nosotros. Esto es lo que san Pablo quiso decir cuando escribía a los cristianos de Filipos: “Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. Que vuestra medida la conozca todo el mundo. El Señor está cerca” (*Fip* 4,4-5). La primera causa de nuestra alegría es la cercanía del Señor, que me acoge y me ama» ([Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud, 2012](#)).

Alegría y comunión

San Agustín, con una frase redonda y llena de significado escribió: «poseer un bien sin compartirlo no es alegría»: (S. Agustín, *De Trin.* I.9 c.4). Lo que en Dios es un acto de gratuidad, en el hombre es una necesidad vital: Dios no necesita comunicarse como lo necesita el hombre, que es de por sí incompleto. Dios nos hizo indigentes para que viviéramos juntos, entre nosotros y con Él, y así manifestar el esplendor de su amor en la comunión de los hombres. Dios no quiso hombres aislados, completos y autosuficientes. Dios creó una familia, un pueblo unido, formado por hombres que sólo pueden llamarse hermanos porque tienen un mismo Padre. Cada uno es demasiado estrecho para sí mismo: sólo abriéndose por el amor, la vida se llena de sentido y de valor. Y este amor se ha de dirigir en primer término a Dios, y por él a sus criaturas, o mejor dicho, amándole en sus criaturas. La actitud correcta, que conduce derechamente a la alegría, es precisamente la de apertura a Dios y al prójimo, pero no en un esfuerzo sobrehumano de entrega, sino en un acto de sencillo abandono. «Tengo que comenzar por dejar de mirarme, y preguntarme qué es lo que Él quiere. Tengo que empezar aprendiendo a amar, pues el amor consiste en apartar la mirada de mí mismo y dirigirla hacia Él. Si a partir de esta tendencia fundamental, en lugar de preguntarme qué es lo que puedo conseguir para mí mismo, me dejo sencillamente guiar por El, si me pierdo realmente en Cristo, si me dejo caer, me desprendo de mí mismo, entonces me doy cuenta de que ésa es la vida correcta, porque de todos modos yo soy demasiado estrecho para mí solo. Cuando salgo al aire libre, valga la expresión, entonces y sólo entonces comienza y llega la grandeza de la vida» ([Dios y el mundo](#), p.37).

Amar y saberse amado, esta es la causa primordial de la alegría. «Lo importante para cualquier persona, lo primero que da importancia a su vida, es saber que es amada. Precisamente quien se encuentra en una situación difícil, resiste si sabe que alguien le espera, que es deseado y necesitado. Dios está ahí primero y me ama. Ésta es la razón segura sobre la que se asienta mi vida, y a partir de la cual yo mismo puedo proyectarla» ([Dios y el](#)

[mundo](#), p.20).

Para acrecentar la alegría, acrecentar el amor. Nos lo dice claramente Benedicto XVI: «haced que crezca en vuestra vida y en la vida de vuestras comunidades la comunión fraterna. Hay vínculo estrecho entre la comunión y la alegría. No en vano san Pablo escribía su exhortación en plural; es decir, no se dirige a cada uno en singular, sino que afirma: “Alegraos siempre en el Señor” (*Flp* 4,4). Sólo juntos, viviendo en comunión fraterna, podemos experimentar esta alegría. El libro de los Hechos de los Apóstoles describe así la primera comunidad cristiana: “Partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón” (*Hch* 2,46). Empleaos también vosotros a fondo para que las comunidades cristianas puedan ser lugares privilegiados en que se comparta, se atienda y cuiden unos a otros» ([Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud, 2012](#)).

Es más, un hombre voluntariamente aislado de sus semejantes no es que renuncie a su condición de cristiano, sino de persona. La noción de persona evoca esta intersubjetividad, tanto en el hombre como en Dios. En su libro *Introducción al cristianismo*, Ratzinger escribía: «La fe cristiana confiesa a Dios, la inteligencia creadora, como persona y, por tanto, como conocimiento, palabra y amor. Confesar a Dios como persona implica necesariamente confesarlo como relación, como comunicabilidad, como fecundidad. Lo que es exclusivamente único, lo que no tiene ni puede tener relaciones, no puede ser persona. No existe la persona en la absoluta singularidad. Lo vemos en las palabras que han servido para desarrollar el concepto de persona: la palabra griega *prosopon* significa literalmente *respecto*; la partícula *pros* significa *a, hacia* e incluye la relación como elemento constitutivo de la persona. Con la palabra latina *persona* sucede lo mismo; significa *resonar a través de*; la partícula *per* significa *a, hacia* e indica relación, pero ahora como comunicabilidad» ([Introducción al cristianismo](#), p.153).

Esta misma idea la vuelva a abordar Ratzinger desde una perspectiva psicológica, explicando la experiencia universal que siente hombre de ser aceptado y acogido por otro, en primer lugar por Dios mismo. Este reconocimiento y aceptación es como el marchamo de su identidad: «el *sí* al *tú*, la afirmación de su ser (y en tal modo del ser en el amor y por el amor). Este *tú* es un acto creador, una nueva creación. Para poder vivir el hombre tiene necesidad de este *sí*. El nacimiento biológico no es suficiente. El hombre puede asumir su propio yo únicamente en la fuerza de aceptación de su ser, que viene de otro, del *tú*. Este *sí* del amante le proporciona su existencia de forma nueva y definitiva, recibiendo una especie de renacimiento, sin el que su primer nacimiento quedaría incompleto y le enfrentaría a una contradicción consigo mismo. Para reforzar la validez de esta afirmación, será suficiente pensar en la historia de algunas personas que en los primeros meses de su vida han sido abandonadas por sus padres y no han sido recogidas con un amor, que afirmase y abrazase sus vidas. Sólo el renacimiento del ser amado completa el nacimiento y abre al hombre al espacio de una existencia significativa» ([Mirar a Cristo](#), p. 93).

Lo dicho en el párrafo anterior no se debe confundir con un vivir pendiente del aplauso del público, de la gente que nos rodea, sino del reconocimiento sincero de nuestro ser por parte de aquél que de verdad nos ama. Es más, Ratzinger critica duramente la actitud de los que viven sólo pendientes de lo políticamente correcto, de las presumibles reacciones de los otros: «El hombre tiene más miedo del poder de la opinión pública, que de la lejana e inerte luz de la verdad. Y se doblega al poder de la opinión, convirtiéndose en su aliado, en uno de sus portadores. Se hace esclavo de la apariencia. (...) En sus acciones ya no se orienta según la realidad, sino según las presumibles reacciones de los otros. Se llega así a un dominio de la opinión, de lo falso. De este modo toda la vida de una sociedad, las decisiones políticas y personales, puede basarse en una dictadura de lo falso» ([Mirar a Cristo](#), p. 89)

Alegría, libertad y ley moral

Hoy en día se tiende a ver la moral como un límite a la libertad, entendida como autonomía e independencia, en la que el hombre alcanzaría su mayor felicidad posible. La imagen contemporánea de rivalidad entre moralidad y felicidad es uno de los mitos que Benedicto XVI trata continuamente de desmentir. El Papa explica una idea básica del cristianismo: Dios crea al hombre para que sea feliz, y las normas que le da no son una especie de prueba de obstáculos, que si supera, le compensa con el premio de la felicidad, sino que las normas son las mismas instrucciones de la felicidad, son, valga la expresión “las normas de uso de la existencia humana”. «La voluntad de Dios es que nosotros seamos felices. Por ello nos ha dado las indicaciones concretas para nuestro

camino: los Mandamientos. Cumpliéndolos encontramos el camino de la vida y de la felicidad. Aunque a primera vista puedan parecer un conjunto de prohibiciones, casi un obstáculo a la libertad, si los meditamos más atentamente a la luz del Mensaje de Cristo, representan un conjunto de reglas de vida esenciales y valiosas que conducen a una existencia feliz, realizada según el proyecto de Dios. Cuántas veces, en cambio, constatamos que construir ignorando a Dios y su voluntad nos lleva a la desilusión, la tristeza y al sentimiento de derrota. La experiencia del pecado como rechazo a seguirle, como ofensa a su amistad, ensombrece nuestro corazón» ([Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud, 2012](#)).

Pero los Mandamientos no son sólo relevantes para los cristianos: todos los hombres necesitan respetar esas normas si quieren estar a la altura de su naturaleza. La vida moral es por tanto el camino de la felicidad, es el arte de vivir conforme al fin en vista del cual hemos sido creados y en cuya consecución cobran sentido todas nuestras pasiones. «Puesto que la existencia cristiana no es un arte más junto a otros, sino simplemente la existencia humana vivida tal y como se debe, se podría afirmar que queremos ejercitar el arte de la vida justa. Queremos aprender el arte de las artes: la existencia humana». ([Mirar a Cristo](#), p. 11). Y en otro lugar añade: «Si el Decálogo, interpretado activamente por la reflexión racional, es la respuesta a la exigencia interna de nuestro ser, no puede considerarse el polo opuesto a nuestra libertad, sino la forma real de la misma. Por tanto, el Decálogo es el fundamento de todo el derecho de la libertad y la fuerza genuinamente liberadora de la historia humana» ([Fe, verdad y tolerancia](#), p.220).

Por otra parte, desde la perspectiva cristiana no puede haber separación entre ética y religión: la relación del hombre con su creador es la primera exigencia moral. Sin religión el hombre está radicalmente incompleto, mutilado, y por tanto, infeliz. No puede haber verdadera alegría en una vida vuelta de espaldas a Dios. «La religión existe precisamente para integrar al hombre en la totalidad de su ser, para vincular entre sí el sentimiento, el entendimiento y la voluntad; para que estas facultades se comuniquen unas con otras y para dar una respuesta al desafío planteado por el todo, al desafío que suscita la vida y la muerte, la comunidad y el yo, el presente y el futuro» ([Fe, verdad y tolerancia](#), p.126)

Gracia, pecado y “sacramento de la alegría”

Cuando vemos a una niña o un niño que nos produce cierta complacencia solemos decir: ¡qué gracia tiene! Y es que el verdadero encanto aflora cuando uno refleja en su vida el atractivo divino, la gracia de Dios. Benedicto XVI en más de una ocasión ha empleado la metáfora de la luna que refleja la luz del sol. Toda su fulgor no es más que un reflejo de la luz originaria que procede del sol. Señor, quiero ser tu luna: una oración preciosa del hombre fiel que en más de una ocasión ha repetido Benedicto XVI. Si volvemos otra vez sobre el libro de la infancia de Jesús, el Papa nos hace notar que la alegría es fruto de la gracia, de la amistad con Dios: «“Alégrate, llena de gracia”. Es digno de reflexión un nuevo aspecto de este saludo, chaire: la conexión entre la alegría y la gracia. En griego, las dos palabras, alegría y gracia (*chará* y *cháris*), se forman a partir de la misma raíz. Alegría y gracia van juntas.» ([La infancia de Jesús](#), p. 35)

¿Y cuándo se pierde la alegría? ¿Cuál es en el fondo la razón de la tristeza? La alegría se pierde cuando se niega el amor. ¿Qué decimos de un hombre enemistado con todos? Pues que es un triste. La ruptura de la comunión es la esencia de todo pecado: es una autolesión que no sólo perjudica al que lo comete, sino también al resto de la comunidad. Nadie es un verso suelto. En el fondo no hay pecado solitario, porque toda autolesión moral perjudica la capacidad de amar.

Pero Dios es misericordioso (la palabra misericordia deriva de miseria y corazón, de llevar en el corazón la miseria del prójimo), y Él en su corazón ardiente consume la miseria de nuestra vida cuando acudimos en busca de perdón. Si como consecuencia del pecado perdemos la alegría, ésta no se recupera olvidándonos de la falta, porque la deformidad de la voluntad está ahí, aunque el tiempo pase, porque el olvido no borra la culpa. Se precisa un acto positivo de Dios que borre nuestro pecado, lo cual presupone el reconocimiento de la propia culpa. Lo peor que podemos hacer para no curar una enfermedad es no reconocerla. Pero si acudimos a Dios, y exponemos la verdad de nuestra falta, siempre nos perdona. «El yugo de la verdad se hace “ligero” (Mt 11,30) cuando la verdad viva nos ama y consume nuestras culpas en su amor» ([Verdad, valores, poder](#), p. 77).

Desde esta perspectiva se comprende perfectamente que el Papa llame a la confesión “sacramento de la alegría”. «Queridos jóvenes, ¡recurrir a menudo al Sacramento de la Penitencia y la Reconciliación! Es el Sacramento de la alegría reencontrada. Pedid al Espíritu Santo la luz para saber reconocer vuestro pecado y la capacidad de pedir perdón a Dios acercándoos a este Sacramento con constancia, serenidad y confianza. El Señor os abrirá siempre sus brazos, os purificará y os llenará de su alegría: habrá alegría en el cielo por un solo pecador que se convierte (cf. Lc 15,7)» ([Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud, 2012](#)).

No nos engañemos, la psicoterapia puede calmar un poco nuestro dolor, pero no puede quitarnos la culpa. Recuerdo hace años que contaba el famoso psiquiatra Enrique Rojas que una chica acudió a su consulta con un sufrimiento tremendo porque acababa de matar a su hijo todavía en su seno. El doctor trató de consolarla como pudo, pero reconocía a la chica que él no podría extirpar la raíz de su pena, que era su culpa, porque la voluntad deformada sólo Dios la puede reconstruir, y le aconsejó que acudiera también al sacramento de la penitencia. La tristeza crece en la misma proporción que la culpa. Dios vino a la tierra precisamente para salvarnos de nuestras propias culpas y llenarnos de alegría. Lo dice el Papa claramente: «sólo existe salvación si hay absolución. Aunque la psicoterapia puede hacer mucho para descubrir y subsanar circuitos defectuosos en la estructura anímica, no logra superar la culpa. Ahí rebasa sus límites y por eso fracasa con tanta frecuencia. La culpa sólo puede superarla de verdad el sacramento, el poder pleno procedente de Dios» ([Dios y el mundo](#), p. 399).

Cuando se niega al hombre la posibilidad de perdón, se le confirma en su tristeza. De ahí que la gente sin Dios niegue la posibilidad del mismo pecado. Podemos pensar que la gente rechaza el perdón porque no se siente culpable de nada, pero ¿no será más bien al revés?: “porque no hay nadie capaz de perdonar mi culpa, no puedo tenerla”, “como no podemos ser perdonados, no podemos pecar”. «El núcleo de la crisis espiritual de nuestro tiempo tiene sus raíces en el eclipse de la gracia del perdón (...) donde el perdón, el verdadero perdón lleno de eficacia, no es reconocido y no se cree en él, hay que tratar la moral de tal modo que las condiciones de pecar no pueden nunca verificarse propiamente para el individuo» ([La Iglesia](#), p. 90)

Testigos de la alegría

En su discurso convocando a la Jornada Mundial de la Juventud de Brasil, Benedicto XVI nos dice, citando a la Beata Teresa de Calcuta, que la alegría es como “una red de amor para capturar a las almas”. La alegría no se puede simular: cuando uno es feliz de verdad, salta a la vista. Y cuando uno está triste, difícilmente lo puede disimular.

Por eso la alegría no es propiamente una “estrategia apostólica”, porque las estrategias se planifican, y la felicidad se tiene o no se tiene, y ahí precisamente reside su fuerza atractiva. La Iglesia, entendida como pueblo de Dios, se extiende por la vida de sus miembros, por el testimonio de su fidelidad, que tiene como fruto la alegría. El cardenal Ratzinger mantenía una cierta actitud de recelo frente a esos planes o estrategias apostólicas, en contraste con la eficacia de la fidelidad: «La Iglesia ¿decía? no tiene que ser construida, sino más bien vivida» ([Ser cristiano en la era neopagana](#), p. 118)

Por otra parte, puesto que es difícil ser feliz cuando las personas que queremos no lo son, condición de supervivencia de la felicidad es que se difunda. «Queridos amigos ¿nos dice el Papa? para concluir quisiera alentaros a ser misioneros de la alegría. No se puede ser feliz si los demás no lo son. Por ello, hay que compartir la alegría. Id a contar a los demás jóvenes vuestra alegría de haber encontrado aquel tesoro precioso que es Jesús mismo. No podemos conservar para nosotros la alegría de la fe; para que ésta pueda permanecer en nosotros, tenemos que transmitirla. San Juan afirma: “Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros... Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo” (1Jn 1,3-4). Y si el modo de vivir de los cristianos parece a veces cansado y aburrido, entonces sed vosotros los primeros en dar testimonio del rostro alegre y feliz de la fe» ([Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud, 2012](#))

Si recordamos de nuevo la escena del anuncio del nacimiento de Jesús, ahora estamos en condiciones de comprender mejor que la esencia del mensaje cristiano es la alegría. «La alegría aparece en estos textos [del anuncio del nacimiento de Jesús] como el don propio del Espíritu Santo, como el verdadero don del Redentor. Así pues, en el saludo del ángel se oye el sonido de un acorde que seguirá resonando a través de todo el tiempo de la

Iglesia y que, por lo que se refiere a su contenido, también se puede percibir en la palabra fundamental con la cual se designa todo el mensaje cristiano en su conjunto: el Evangelio, la Buena Nueva» ([La infancia de Jesús](#), p.34).

Dios ha querido que su relación con los hombres estuviera condicionada por la relación de los hombres entre sí. Un misterio tremendo por el cual el hombre se hace corresponsable de transmitir la alegría a los demás. Si Dios es la fuente de la alegría, y el acceso de los hombres a Dios está condicionado por la ayuda que nos prestan otros hombres, buena parte de mi alegría depende de que otros me ayuden. «¿No sería mejor ?preguntaba retóricamente el joven Ratzinger? que cada hombre tuviera acceso inmediato a Dios, si la “religión” es una realidad que atañe a todos y si cada uno tiene la misma necesidad de Dios? ¿No deberían tener todos “igualdad de oportunidades”? ¿No deberían tener todos la misma seguridad? Nuestro planteamiento quizá deja ya claro que esta cuestión no lleva a ningún sitio: el diálogo de Dios con los hombres se realiza en el diálogo de los hombres entre sí. Las distintas aptitudes religiosas, que dividen a los hombres en “profetas” y en “oyentes”, les obliga a vivir juntos, a vivir para los demás. El lema del joven Agustín, “Dios y el alma, nada más”, es irrealizable; más aún, ni siquiera es cristiano. En definitiva, no hay religión en el camino solitario del místico, sino en la comunidad de la predicación y de la audición» ([Introducción al cristianismo](#), pp.82-83).

La felicidad no es por tanto patrimonio exclusivo de nadie. Decir eso es una contradicción. Incluso el mismo hecho de la elección de Dios de ciertas personas con una vocación específica, o incluso de un pueblo entero, como es el pueblo judío, del que surgió la Iglesia, tiene carácter medial. «Dios elige. Pero no elige para excluir a los demás, sino para llegar a unos por medio de otros y entrar en el juego de la historia» ([Dios y el mundo](#), p. 137).

Alegría y realismo

«La alegría cristiana no es una huida de la realidad, sino una fuerza sobrenatural para hacer frente y vivir las dificultades cotidianas» ([Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud, 2012](#)). La alegría del cristiano se funda en la misma realidad de su origen, de su estado actual y de su destino eterno. La fe cristiana no es una terapia para consolarnos en los momentos difíciles. Y menos todavía es un mero sentimiento desvinculado de la realidad. Una de las constantes en el magisterio de Benedicto XVI es la afirmación de la verdad del cristianismo. «La fe cristiana no se basa en la poesía ni en la política, esas dos grandes fuentes de la religión [precristiana], sino en el conocimiento» ([Fe, verdad y tolerancia](#), p.149)

Ratzinger se enfrenta decididamente contra la tesis tan extendida hoy en día, según la cual la religión es un estado de ánimo, útil para la vida, pero desvinculado de la realidad. Es significativo leer los comentarios de muchos “intelectuales” ante el espectáculo conmovedor de los jóvenes de las Jornadas Mundiales de la Juventud: “entusiasmos de juventud”, “fervor pasajero”, “arrebatos masivos” como los de los conciertos de rock... pero, al final, nada: cuando vuelvan a sus casas se enfrentarán con la cruda realidad de su existencia.

En esa misma línea, pero con una argumentación más sutil, se encuentra la crítica de los que, como Wittgenstein, consideran con respeto la religión, pero no ven en ella más que una especie de juego conceptual y afectivo, con la que no se diría nada sobre la realidad como tal. «Según Wittgenstein exactamente igual que no se dice nada tampoco en un juego de ajedrez o en un juego de damas, fuera de lo que corresponde al juego. Por tanto, la religión no debería interpretarse en forma de proposiciones significativas con pretensiones de enunciar la verdad, sino únicamente de manera antropológica y enteramente subjetiva, como se interpreta de manera puramente personal un juego preferido (...) Ideas parecidas se han venido difundiendo entretanto en la teología católica, y pueden escucharse más o menos claramente en la predicación. Los fieles lo experimentan y se preguntan si no se les estará tomando el pelo. Vivir en bonitas ficciones podrá ser bueno para los teóricos de la religión, pero para el hombre moderno, que se plantea la cuestión acerca de con qué y para qué vivir y morir, esas ficciones no son suficientes. El abandono de la pretensión de expresar la verdad, que sería, como tal, el abandono de la fe cristiana como tal, se endulza aquí diciendo que podría dejarse que la fe siguiera subsistiendo como una especie de enamoramiento con sus hermosos consuelos subjetivos, o como una especie de mundo del juego que existiera junto al mundo real. La fe se traslada al mundo del juego, mientras que hasta entonces había afectado al plano de la vida como tal. En todo caso, la fe “jugada” es algo fundamentalmente diferente de la fe “creída y vivida”. No existe indicación alguna de un camino, sino que únicamente se embellecen las cosas. La fe no nos

sirve de ayuda en la vida ni en la muerte; a lo sumo hay un poco de variedad, unas cuantas bonitas apariencias, pero sólo apariencias. Y eso no basta para la vida y para la muerte» ([Fe, verdad y tolerancia](#), p.187-188).

El realismo de la fe cristiana, que nos llena de inmensa alegría, no es sólo fruto de un sí decidido a Dios, a la realidad de Dios, sino a la Creación entera. El cristiano es una persona que afirma y se goza en el mundo creado, porque descubre en él la obra de Dios y el escenario de su amor a los hombres. «Porque la fe se basa, fundamentalmente, en sabernos amados por Dios, y eso significa, no sólo una respuesta afirmativa a Dios, sino también a la Creación, a las criaturas, sobre todo a los hombres, donde tratamos de ver la imagen de Dios para amarle mejor» ([La sal de la tierra](#), p.126).

Soledad y tristeza

La tristeza es el lado opuesto de la alegría, y como el mal, la tristeza no tiene entidad: es lo que se experimenta al verse privado de lo que reclama nuestra naturaleza, que reclama la plenitud del amor. La tristeza es la negación del amor, o mejor dicho, cuando damos la espalda al prójimo (Dios es el más prójimo) nos instalamos en la tristeza.

Más radicalmente, el entonces cardenal Ratzinger, con una clara impronta agustiniana, explicaba que la historia en su conjunto es una lucha entre el amor y la privación del amor. «La historia está marcada por una polémica entre el amor y la incapacidad de amar, esa desolación de las almas, propia de los hombres que sólo reconocen valores y realidades cuantificables... Esta destrucción de la capacidad de amar produce un aburrimiento mortal. Es un veneno para el hombre. Cuando se impone, destruye al hombre y al mundo con él (...) Yo creo que el auténtico drama de la historia es que, siempre, en todos los frentes, al final aparece el mismo planteamiento: un sí o un no al amor» ([La sal de la tierra](#), p. 307).

Nadie puede aguantar la tristeza, y por contraste con la alegría, en la que uno permanece sereno, de la tristeza deriva un deseo de novedades y divagación, un activismo que no para quieto, que huye del silencio, porque teme escuchar la voz de su conciencia que le reclama un poco de atención al prójimo y a Dios. Ratzinger lo explica con la doctrina de Santo Tomás: «Junto con la desesperación, del seno del perezoso alejado de la grandeza del hombre amado de Dios, nace la "evagatio mentis", el espíritu errante, porque ¿así dice Tomás? "ningún hombre puede habitar en la tristeza". Por eso si el fondo del alma es la tristeza, se llega necesariamente a una continua huida del alma de sí misma, a una profunda inquietud. El hombre al hablar huye del pensamiento. Y puesto que se le ha quitado la visión hacia lo Infinito, busca insaciablemente sustitutos. Actitudes ulteriores reforzarán este comportamiento: la inquietud interior (*importunitas*, *inquietudo*), es decir una ininterrumpida búsqueda de cosas nuevas que sustituyan la pérdida de la inagotable sorpresa del amor divino; en fin la *instabilitas loci vel propositi*» ([Mirar a Cristo](#), p.80)

¿Si la religión cristiana es causa de tanta alegría, por qué se le ataca impunemente, por qué se ridiculiza su doctrina y su historia, por qué se presenta como triste y oscura, enemiga de la verdadera felicidad del hombre? Prescindiendo de consideraciones referentes a los espíritus demoníacos, podemos decir con Ratzinger, que buena parte de ese odio surge precisamente de personas que han abandonado su vocación divina, actuando contra su conciencia, y, cuando no se arrepienten, para justificarse quieren también deshacer todo lo que le dio voz a esa conciencia. «Afin a esta actitud es el odio del apóstata, que ha arrojado lejos de sí mismo el peso de la vocación cristiana y se ha procurado un significado a la vida, aparentemente más simple que el de la existencia cristiana. Y les describirá ese nuevo significado a los demás como el verdadero contenido del mensaje cristiano, porque nadie puede soportar considerarse a sí mismo como un apóstata. Pero de esta forma nace un odio siniestro a todo aquello que le recuerde la verdadera grandeza del mensaje. Todo le despertará su propia conciencia y le hará dudar de la autojustificación en la que se ha refugiado, después de haber perdido la fe. La conciencia ha sido pisoteada, y ahora se debe pisotear también todo lo que le dio voz a esa conciencia. En un sentido general podríamos decir que el hombre que se niega a su grandeza metafísica, es un apóstata de la divina vocación de la humanidad» ([Mirar a Cristo](#), p. 82). No es extraño por eso que las principales críticas contra la fe cristiana procedan de cristianos, o mejor dicho, de ex-cristianos (raramente vemos críticas contra el cristianismo surgidas en el seno de otras culturas o religiones).

Si llevamos las cosas al extremo, el infierno es el lugar de la tristeza por excelencia, porque el infierno consiste en la soledad, en aquel lugar donde no llega ni la luz ni el calor del amor divino, de la que procede el amor humano. El infierno es la consagración de la autonomía del hombre, de su máxima independencia, y por tanto, de su máxima tristeza. «Porque, hablando claro, el infierno consiste formalmente en que el hombre no quiere recibir nada, en que quiere ser autónomo. Es la expresión del enclaustramiento en el propio yo. Esta profundidad, este abismo consiste, pues, en que el hombre no quiere recibir ni tomar nada, en que sólo quiere permanecer en sí mismo, bastarse a sí mismo. Si esta actitud se lleva al extremo, el hombre se vuelve intocable y solitario. El infierno consiste en que el hombre quiere ser únicamente él mismo, y esto se lleva a cabo cuando se encierra en su yo. Por el contrario, ser de arriba, eso que llamamos cielo, consiste en que sólo puede recibirse, igual que el infierno consiste en querer bastarse a sí mismo. El «cielo» es esencialmente lo que uno no ha hecho ni puede hacer por sí mismo. Utilizando términos de escuela, alguien ha dicho que, como gracia, es *donum indebitum et superadditum naturae* (un don indebido y añadido a la naturaleza). El cielo, como cumbre del amor realizado, siempre es un regalo que se hace al hombre, pero el infierno es la soledad de quien rechaza el don, de quien rehúsa ser un mendigo y se encierra en sí mismo» ([Introducción al cristianismo](#), p. 259).

Esperanza y alegría

En la esencia misma de la voluntad está el anhelo de plenitud, un deseo profundo que preside todas nuestras elecciones, y sin el cual no haríamos nada, seríamos pura apatía. Este deseo es en el fondo un deseo de Dios, de la eternidad de su belleza y compañía, que nos envuelva y nos endiose. San Agustín lo expresó maravillosamente: «nos creaste Señor para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (*Confesiones*, L.1, Cap.1, §1). Es importante dejar claro que este anhelo del corazón es patrimonio común de todos los hombres sin excepción.

Pero si no hubiera un objeto proporcionado a este apetito capaz de saciarlo establemente, el hombre sería una criatura llamada a la frustración, y Dios, un tirano cruel, que habría puesto en nosotros un deseo insaciable. Sin embargo, los cristianos sabemos que no es así, que la vida tiene un objeto, y que todas las bellezas de la tierra, todos los bienes que apetecemos, nos atraen porque participan de la belleza infinita de Dios. Todos nuestros deseos, todas nuestras esperanzas son preludios de la vida eterna.

La esperanza es la actitud propia de quien acepta la realidad de su ser: una criatura amada por Dios y llamada a unirse estrechamente a él por el amor. El pecado, por contraste, implica siempre un dar la espalda a esta realidad. Todo pecado contiene un punto de desesperación, un no fiarse de la plenitud a la que está llamado quien es fiel al amor de Dios.

Pero cuando uno permite a la desesperanza instalarse establemente en su alma, es como si anticipara su propia condenación. La actitud del que nada espera no es pura indiferencia: es sufrimiento, porque el hombre, lo quiera o no, es un ser naturalmente en tensión (estar en tensión es estar tendiendo), y cuando uno no espera la realización que anhela su naturaleza, entonces sufre. Puede simular apatía o indiferencia, pero es una pose que oculta la violencia interior de negar lo que su naturaleza le reclama. Dicho con otras palabras, la desesperación supone lo mismo que la esperanza: un anhelo. Lo decía claramente Santo Tomás: «Aquello que no anhelamos no puede ser objeto ni de nuestra esperanza ni de nuestra desesperación» (*Suma Teológica* I-II, 40, 4 ad 3).

La esperanza de alcanzar un bien nos llena de tanta alegría cuanto mayor y más cercano es el bien que esperamos. Esto se ve muy claro hasta con la esperanza de bienes sencillos como el descanso del fin de semana: comparemos el estado de ánimo del trabajador un viernes por la tarde, que se ilusiona al pensar en la proximidad del fin de semana, y el ánimo de la misma persona un domingo por la tarde. El viernes todavía trabaja (igual que un lunes o un martes), pero se goza anticipadamente por lo que le espera. El domingo, aunque descansa, está pensando en el siguiente lunes. El hombre es un ser que no puede evitar pensar en el futuro, y con él compone su estado de ánimo del presente. El cristiano sabe que a la vuelta de la esquina le espera una plenitud de amor, y por tanto de alegría.

Pero la esperanza no sólo produce gozo, sino también aumenta las fuerzas. Decía Santo Tomás: «La esperanza causa o aumenta el amor no sólo por razón del deleite que produce, sino también por razón del deseo que fortalece, pues no deseamos tan intensamente las cosas que no esperamos» (*Suma Teológica*, I-II, q.27, a.4,

ad.3). Más bellamente lo dice la Sagrada Escritura: «Los que confían en Yavé renuevan sus fuerzas y echan alas como de águila y vuelan velozmente sin cansarse y corren sin fatigarse» (Is 40, 31). De ahí el carácter alentador que tiene para el hombre hacerle ver la posibilidad de alcanzar realmente la plenitud de su ser. San Agustín decía «El que no tiene esperanza de alcanzar una cosa, o la ama tibiamente o no la ama en absoluto, aunque vea cuan bella es» (San Agustín en X De Trin.13)

Al ateo, el paso de los años le deprime, porque le aleja de su momento “ideal”, que fue la juventud; en cambio, el cristiano se alegra, porque cada día que pasa está más cerca de su “momento” ideal, que es la Eternidad. El cristiano, a medida que pasa el tiempo, va acumulando juventud en su alma, pues la juventud sobrenatural deriva de la participación en la vida divina, que nos es más íntima que nosotros mismos. Y, como dice San Agustín, «Dios es más joven que todos» (S De Genesi VIII, 26, 48). Y el propio San Pablo escribe: «Mientras nuestro hombre exterior se corrompe, nuestro hombre interior se renueva de día en día» (1Cor 4, 16). En este sentido Joseph Pieper habla del “remozamiento” que provoca la esperanza: remozar es volver a ser mozo (cf. Pieper, [Las virtudes fundamentales](#), 386).

Aun gozando en esta tierra de la participación por la gracia en la vida divina, esto no es nada en comparación con la gloria que nos espera. «El más allá forma parte de la perspectiva vital del cristianismo. Si se pretendiera suprimirlo, nuestra perspectiva se convertiría en un extraño fragmento, quedaría hecha añicos. La vida humana quedaría burdamente mutilada si sólo la considerásemos desde la óptica de esos setenta u ochenta años que podemos vivir» ([Dios y el mundo](#), p. 37).

Diego Poole Derqui